VISO DEL
LIBRO

SERT

GENIO Y ESTILO

LA VIDA Y LA OBRA.

En el panorama universal de la Historia del Arte avistamos dos tipos antagónicos de personalidades: aquellas cuya vida, rica en complejidades aventureras y pasionales, se *decora* y prestigia con la creación artística, y aquellas otras cuyo vivir es esencialmente crear, identificar el azaroso fluir de los días con el empeño absorbente de plasmar *la obra* soñada. Crear como recreo, como vacar gustoso, en interludios de hazañas y peripecias extra-artísticas, o crear como destino irrevocable, sin intermitencias, constreñidos en la vocación estética por la inexorable "fuerza del sino". He aquí, en la magna constelación de los artistas italianos del Renacimiento, los dos tipos de artista representados por personalidades de abultado cuño: Miguel Angel y Benvenuto Cellini; aquél, genio titánico, dramático Prometeo encadenado por siempre al magno empeño que simboliza su vida: la "Tragedia del Sepulcro"; éste —Benvenuto—, engarzando sus prodigios cincelados, como gemas —con aire de capricho inconstante—, en el tejido de una vida polarizada en políticos y amatorios afanes, azarosa y aventurera. ¡Cuánto más noble y sugestiva la biografía del artista cuya vida se identifica con el proceso de gestación, con la historia siempre patética de su obra!

José María Sert (1876-1945), para cuya

personalidad propugnamos la consagración de astro de primera magnitud entre los maestros del arte contemporáneo, es de aquellos artistas que identificaron su vivir con empeños titánicos de creación; su biografía no se articula sobre los episodios de su vida privada, y aun menos sobre el anecdotario que es factible espiar en la actuación de cualquier personaje; *vivir*, para el gran artista barcelonés, fué deambular de continente en continente para realizar sus vastos proyectos de decoración mural, para poblar de enjambres titánicos iglesias y palacios, animando arquitectónicas estructuras, dilatando con figuradas perspectivas los rigurosos horizontes geométricos de muros y bóvedas; por eso nos decidimos a afirmar que la *vida* de Sert es su *obra*.

Incluso creemos que se puede en justicia reconocer, que así como en Miguel Angel encontramos el paradigma de su destino de creador en la "Tragedia del Sepulcro" —el titánico e inacabado mausoleo del Papa Julio II—, así en José María Sert, el proceso de gestación y elaboración de su creación de más vasto aliento, la decoración mural de la Catedral de Vich, nos ofrece los datos más significativos sobre la personalidad del artista. Bien conocida es la azarosa historia —que no vamos a repetir— de esta magna epopeya decorativa, en cuyo avatar se estratifican nada menos que tres diferentes proyectos ornamentales. Lo intensamente sugestivo de esta com-